

SABROSO RELATO DE “PANCHO PATADA”

ANDANZAS DE TRES FRANCISCOS:
COSS, VILLA Y MURGUÍA

Habla uno de los famosos Panchos de la Revolución

PERSONAJES: COSS, VILLA Y MURGUÍA
Por qué Pancho Pistolas y Pancho Patada llegaron a ser
grandes amigos en los días de la Revolución

LUIS CABRERA IBA A MORIR EN VERACRUZ
Coss, indignado por el apodo de Pancho Patada,
hizo viaje especial desde Puebla,
para echarlo al mar

PANCHO PATADA CUENTA CÓMO Y POR QUÉ IBA A ECHAR
AL MAR AL LICENCIADO DON LUIS CABRERA
Carranza, teniendo noticias de las intenciones del general Coss,
hizo salir violentamente de Veracruz a su secretario de Hacienda,
“comisionado” a Yucatán

El convencionismo

Los tres tenían fama de valientes; los tres mandaban fuertes núcleos revolucionarios; los tres eran norteros; los tres se habían improvisado en la guerra civil; los tres se llamaban Francisco. Todo México los conocía por “los tres Panchos”.

Uno era Francisco Villa; el otro Francisco Coss; el tercero Francisco Murguía.

A Villa le decían “Pancho Pistolas”; a Coss, “Pancho Patada”; a Murguía “Pancho Belduque”. El sobrenombre que se había puesto a cada uno de los tres generales revolucionarios no estaba en desacuerdo con la fama que habían levantado.

De Francisco Villa se decía que todo lo arreglaba con la pistola; a la hora del combate siempre vigilando a sus soldados; estaba dispuesto a sacrificar a aquel que diera la menor muestra de cobardía. Además, se decía que acostumbraba a hacerse justicia con su propia mano. De allí el sobrenombre de “Pancho Pistolas”.

De Francisco Murguía se contaba que en más de una ocasión, embrecido en el combate, excitaba a sus soldados a que entraran a cuchillo al enemigo. Tanto así hablaba de que “hay que pasarlos a cuchillo”, que una vez amenazó al enemigo por medio de un manifiesto, a usar el arma blanca para exterminarlo. Esto dio origen al sobrenombre que llevó hasta la muerte: “Pancho Belduque”.

PANCHO PATADA

De Francisco Coss se decía siempre que, teniendo un “corazón de oro”, no era capaz de matar a sus peores enemigos, como lo hacía el general Villa; y menos de ordenar que fuesen pasados a cuchillo. Cuando el general Coss quería castigar a algún enemigo, recomendaba a sus subalternos:

—*Denle de patadas, y déjenlo.*

Sin embargo, a nadie se le había ocurrido llamar al general Coss “Pancho Patada”, hasta que el licenciado Luis Cabrera le puso este sobrenombre en célebre telegrama, que estuvo a punto de costar la vida al entonces secretario de Hacienda en el gabinete del Primer Jefe Venustiano Carranza.

El general Coss nunca había revelado el origen de su sobrenombre de guerra. Pero, interrogado recientemente por el representante de los *Periódicos*

Lozano en la Ciudad de México, por qué le llamaban “Pancho Patada”, refirió el origen con todos sus detalles.

Lanzando grandes risotadas, que no dejaron de alarmar a la concurrencia del elegante restorán en donde contaba uno de los episodios de su vida revolucionaria; jurando que se había reconciliado con el licenciado Cabrera, quien se había escapado de servir de delicado manjar a los tiburones que habitan las aguas del Golfo de México; atuzándose los bigotes, limpiándose el sudor que a mares corría por su frente, y dando de puñetazos sobre la mesa con tal fuerza que la vajilla temblaba, el general Coss comenzó hablando de su gran amistad con el general Francisco Villa.

—*¡“Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” fueron los más grandes amigos del mundo!* —exclamó el general Coss, dándose cuenta de que no sólo el representante de los *Periódicos Lozano* le escuchaba, sino que toda la concurrencia del restorán tenía fijada la mirada en él.

—*¡Y cómo no nos habíamos de querer!* —agregó don Pancho Coss, dando a sus palabras una entonación teatral:

—*Los dos habíamos salido del monte; los dos éramos soldadotes y buenos revolucionarios, porque si después anduvimos en diferentes bandos, fue porque la suerte así lo quiso; pero la verdad es que tan revolucionario era “Pancho Pistolas” como tan revolucionario era “Pancho Patada”...*

“IGUALES”, LOS DOS

El general Coss revolotea los brazos con entusiasmo y con su cuerpo de gigante cubre, por lo menos, una tercera parte del restorán, y poniendo la mano sobre el hombro de Alfonso Gómez Morentín, director general de Correos y Telégrafos, pregunta a éste:

—*¿No es cierto, Alfonso, que tan revolucionario un Pancho como el otro Pancho?*

Y como Gómez Morentín contestara afirmativamente, el general Coss, prosiguió:

—*Sí, desde que “Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” se conocieron en Saltillo, se hicieron los mejores amigos... Y dicen que nos parecíamos mucho. Ya me ven grandote, así también era Pancho Villa; ya me ven fuerte y macizo, así también era el otro Pancho; ya oyen que no dejo de echar “cuatros”, así también hablaba “Pancho Pistolas”. Por algo nos quisimos tanto, y por algo nos entendíamos tan bien.*

El convencionismo

GRAN BAILADOR

Coss se limpia, presuroso, el sudor que sigue corriendo por su frente, prueba un pedazo de pescado, y diciendo que ese pescado no le sabe al que acostumbra comer en Corpus Christi, Texas, continúa:

Y miren ustedes qué coincidencia. A Villa y a mí nos gustaba bailar mucho y no lo hacíamos tan mal, pues en Saltillo nos abrían la sala y todas la muchachas andaban detrás de los dos Panchos. Yo he sido un buen bailador, y todavía a mis setenta años, doy clases de baile, si no que lo digan las muchachas que estaban el domingo en Xochimilco... Fui a Xochimilco, tocaron un vals y ahí va “Pancho Patada” a bailar el vals; luego tocaron un danzón y ahí va de nuevo Pancho... y lo bailé tan bien, que me aplaudieron. Toda la gente decía:

—Miren, miren cómo baila de re bien el general Coss; parece que todavía es gobernador de Puebla.

PLAN RANCHERO

Brillándole los ojos de entusiasmo, atuzándose nuevamente los bigotes y buscando con empuje la servilleta que en uno de los tantos movimientos del general ha ido a parar al suelo, don Pancho Coss no quiere dejar a medias al auditorio y sigue:

Tan identificados estábamos el general Villa y yo, que si les cuento lo que hicimos a los curitas de Saltillo, se van a morir de risa. Ustedes me dirán si los dos Panchos no eran buenos para los planes rancheros... Ustedes lo dirán... Ya veo que tienen ansia de oírme. Ora verán lo que pasó...

Me llamó el general Villa a su cuartel general y me dijo:

—Oye, compañerito Coss, me dicen que aquí en Saltillo hay muchos, muchísimos curitas, y para cumplir con la revolución los vamos a echar fuera; pero mira, compañerito, para echarlos fuera, no quiero hacer alboroto. Tú y yo nomás sabemos que vamos a agarrar a los curitas; así es que te vas con tiento, no me vayas a hacer alboroto, luego que los tengas me avisas; los ponemos en un tren, sin maltratarlos, y los mandamos al otro lado del río.

—Está bien, compañero, déjame el asunto en mis manos, y vas a ver cómo ni siquiera se dan cuenta mis paisanos de lo que pasa.

Y en efecto, del cuartel general me fui a mi carro, y como no conocía a toda la gente de Saltillo, mandé llamar a algunas personas de mi confianza, y les pregunté quiénes eran las “beatitas” más conocidas. A poco me dieron los nombres de todas ellas, y las mandé llamar. Cuando me presentaron, les dije: —*Miren, señoras, les he mandado llamar porque he sabido que los señores curitas están corriendo mucho peligro, y quiero salvarlos. Háganme el favor de ir con ellos y decirles que inmediatamente se me presenten para decirles cómo los puedo salvar, pero no pierden tiempo, porque el tiempo es oro, y si se dan cuenta de lo que pienso hacer, los señores curitas van a perder hasta la vida.*

Entusiasmado por lo que él considera un acto de alta política y de sutileza diplomática, el general Coss continúa diciendo:

A poco fueron llegando los curitas. ¡Qué confiados venían los pobrecitos! Todos me creían su salvador, yo no les decía nada; los fui juntando, y cuando ya tuve muchos, los dejé en mi carro, y me fui a ver al general Villa para comunicarle la nueva. Pancho me dijo que yo era un hombre muy hábil; que así les gustaba que trabajaran sus amigos y que me daba la comisión para que dispusiera en el acto un tren especial, y sin decir nada a los curitas, se los llevara hasta los Estados Unidos. Así lo hice. Los curitas se fueron muy tristes; pero no había remedio; había que cumplir con las órdenes superiores. Desde ese día, “Pancho Pistolas” y “Pancho Patada” fueron más buenos amigos. El general Villa me decía siempre:

—*Oiga, compañerito, cómo nos parecemos tú y yo; parece que nacimos ya amigos.*

EL ORIGEN DE SU SOBRENOMBRE

Bajando la voz y habiendo dejado a la concurrencia del restorán sin poder saborear la segunda parte de su anecdótico, el general Coss terminó de comer el pescado, no sin antes limpiarse la mayonesa que le cubría. Y enseguida dijo:

Pero ahora voy a contarles, con toda la verdad, por qué me pusieron “Pancho Patada”, y a quién debo este nombrecito.

Pues les diré que era yo gobernador y comandante militar del estado de Puebla... Me preguntarán ustedes que quién me hizo gobernador y comandante militar, y yo les diré lo que dije una vez en los periódicos del señor Lozano, que aquí entre paréntesis este señor me quiere mucho.

El convencionismo

¡Y quién no habrá de querer a Pancho Coss, si Pancho Coss no le ha hecho mal a nadie!

Ah, pero les decía que ya me imagino que quieren saber quién me hizo gobernador...

Les diré la verdad, a mi nadie me hizo gobernador, pues en la revolución el que llegaba primero a una parte era el que se hacía lo que quería.

Bueno, pues era yo gobernador del estado de Puebla cuando un día se me presentó un señor muy bien vestido; de esos señores que hacen muchas caravanas, que dicen:

—*Cómo le va a usted mi señor general don Francisco Coss.*

Le pregunté que se le ofrecía y me contestó que había llegado a Puebla a ponerse a mis órdenes; que estaba para servirme; que él venía a cooperar en la obra de la revolución; que era pariente del señor licenciado don Luis Cabrera, secretario de Hacienda; que era un admirador y no sé qué tantas cosas más. Me entregó una carta del señor licenciado Cabrera en la que éste me recomendaba al portador como un amigo y pariente suyo, diciendo que había tenido a bien nombrarlo jefe de Hacienda en el estado.

—*¡Ah!* —le dije—, *conque usted es el nuevo jefe de Hacienda.*

—*Para servirle, señor general* —me contestó, orgulloso.

—Pues usted, caballero, no me va a servir de nada...

—*Señor general, me dijo el señor licenciado que me pusiera a las órdenes de usted* —insistió.

—*Mire, caballero, vale más que no insista, porque repito que usted no me va a servir de nada; y vale más que no me haga enojar...*

—Pero, señor general...

—*Pero caballero, ¿cómo se atreve a poner los pies en este palacio de gobierno revolucionario, cuando usted es reaccionario? ¿Qué no sabe que antes de que llegara usted pedí sus antecedentes, y he sabido que usted es de los reaccionarios?*

—*Pero el señor licenciado Cabrera es mi pariente y me ha dado el nombramiento...*

—*Aquí no hay nombramiento que valga más que el que expide Francisco Coss, así que usted se marcha de aquí en el acto y se me va para Veracruz...*

El enviado del señor licenciado Cabrera quería convencerme de que él era un revolucionario.

Me enfadé; lo agarré del cuello, lo puse en la escalera y le di un puntapié; luego ordené a dos de mis oficiales que lo hicieran prisionero, lo llevaran a la estación y me lo pusieran en el tren para Veracruz.

FRANCISCO PATADA

Creí yo que todo había pasado, cuando a los dos días recibí un mensaje de Veracruz, que decía más o menos:

“Señor general don Francisco Patada
Gobernador y comandante militar del estado de Puebla
Su actitud ante el señor X, nombrado jefe de Hacienda en ese estado por esta secretaría, me ha llamado poderosamente la atención y le ruego obedezca las órdenes que le son dadas”.

Firmaba El licenciado Luis Cabrera. Leí el telegrama y me disgustó mucho; lo volví a leer y me voy dando cuenta que el señor licenciado Cabrera me llamaba “Francisco Patada”!

Para qué les cuento, señores, me puse furioso, y me dije:

—*¡Ah, sí? ¡Conque Francisco Patada y no Francisco Coss! ¿Pues quién es el licenciado Luis Cabrera para que le falte el respeto a un señor general, gobernador y comandante militar del estado de Puebla?*

Eso tenía que costarle muy caro al licenciado Cabrera. Hasta entonces nadie me había faltado al respeto, y al primer irrespetuoso había que castigarlo con dureza.

Sin vacilar más tiempo, llamé a uno de mis oficiales, y le ordené que pusiera un tren especial; que embarcara en él a unos trescientos de mis mejores muchachos y que todo estuviera listo para cuando yo me presentara en la estación.

Como yo era el que mandaba, yo podía hacer y deshacer en Puebla, por más que no habrá poblano que diga que abusé de mi autoridad. Así es que cuando el tren estuvo listo, ordené:

—*¡A Veracruz!*

LA SENTENCIA DE MUERTE

Desde que salí de Puebla fui pensando qué debería hacer con el licenciado Cabrera para castigarlo, y me dije:

—*Si me lo traigo para Puebla y lo encierro en la penitenciaría, el Primer Jefe manda por él y me lo quita; si le pego, va a decir que abuso. No; lo que voy a hacer es que llegando a Veracruz, desembarco a mi gente, voy a la casa donde se hospeda, lo agarro, lo meto en un costal, le pongo unos fierros pesados y lo echo al mar. ¡Que se ahogue y*

El convencionismo

se lo coman los tiburones para que no le ande faltando al respeto a un gobernador y comandante militar!

Llegué a Veracruz muy calladito y me fui con varios oficiales a buscar al famoso licenciado, y cuál no sería mi sorpresa al saber que ese mismo día, por la mañana, se había embarcado para Yucatán a desempeñar una comisión del Primer Jefe. Me dije:

—*Pancho Coss, fracasaste y ahora seguirás siendo “Pancho Patada”.*

CON CARRANZA

Cuando volví a la estación donde estaba mi tren, recibí un recado del Primer Jefe, ordenándome que pasara a Faros. Fui a verlo y me recibió muy amable, preguntándome:

—*¿Qué anda haciendo por acá, general? Yo que lo hacía en Puebla.*

La verdad es que no supe que contestarle hasta que por fin, le dije:

—*Pues jefe, vine al puerto a buscar al licenciado Cabrera para castigarlo, porque mire usted lo que me hizo...*

Entonces le enseñé el telegrama dirigido al general “Francisco Patada”. Don Venustiano se puso muy grave, como sabía ponerse, pero yo le vi en los ojos que ya sabía lo del famoso telegrama, pero se hizo ignorante, y me preguntó que qué pensaba hacer con el señor secretario de Hacienda.

Yo le contesté claro:

—*Quería echarlo al mar.*

—*El señor licenciado Cabrera va rumbo a Yucatán a desempeñar una comisión de la primera jefatura* —me contestó entre serio y risueño el señor Carranza.

No quise hablar más del asunto; me despedí del primer jefe, tomé mi tren y regresé a Puebla.

Cuando llegué a esta ciudad, supe que no había faltado quién pusiera al corriente, por medio del telégrafo, al licenciado Cabrera de mis propósitos y que el señor Carranza, para evitar que yo cumpliera con mi propósito, lo había hecho salir del puerto.

GRANDES AMIGOS DESPUÉS

Al llegar aquí, el general, que se había olvidado del pescado de Corpus Christi y del resto del que tenía frente a él, lanzó una sonora carcajada y concluyó:

Por supuesto que lo que les cuento sucedió hace veintiún años. ¡Veintiún años!
Y les va a llamar la atención si les digo que el señor licenciado Cabrera y yo
volvimos a ser muy buenos amigos.

Una vez le conté que había estado a punto de ser devorado por los tiburones
del Golfo y se hizo como el que no sabía nada y empezó a reírse, a mí también
me agarró la risa, y nos reímos tanto de la ocurrencia, él de verse dentro de
un costal luchando contra los tiburones, y yo encerrándolo dentro del costal
diciéndole:

—*Tè mando a la eternidad para que no te vuelvas a burlar de un gobernador y
comandante militar.*

Reímos tanto, que terminamos por abrazarnos...

Y ahora lo cuento, porque... ¡lo que es tener la conciencia tranquila!... ¡lo que
es tener la conciencia tranquila!...

Y don Pacho volvió a soltar una carcajada. Ya no quiso seguir comiendo pes-
cado, apenas probó un pedazo de lomo de cerdo, se puso en pie y, entre la
admiración de los parroquianos, salió del restorán diciendo casi a gritos.

—*¡Yo soy el único superviviente de los tres Panchos de la Revolución!*

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 3 de mayo
de 1936, año x, núm. 231, pp. 1-2.